

Nada de nada

Hanif Kureishi

# Nada de nada

Traducción de Mauricio Bach



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*

The Nothing  
Faber and Faber  
Londres, 2017

*Ilustración:* © Pablo Gallo

*Primera edición:* octubre 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Mauricio Bach, 2018

© Hanif Kureishi, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8018-2

Depósito Legal: B. 20543-2018

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Kier Kureishi*

## UNO

Una noche, ya viejo, achacoso, sin una gota de semen y con ningunas ganas de que las cosas vayan a peor, vuelvo a oír esos ruidos.

Estoy seguro de que están haciendo el amor en el dormitorio de Zenab, contiguo al mío.

Me pregunto si me lo estoy imaginando. Pero lo dudo. No son ruidos que haya oído con anterioridad en este apartamento. Vivimos en un piso amplio, con cocina americana. Nunca cierro la puerta por si tengo que llamar a Zee durante la noche.

Permanezco inmóvil y concentrado hasta convencerme de que no estoy delirando ni bajo los efectos de una regresión inducida por el LSD. Oigo susurros, suspiros y después gritos. La voz parece la de ella.

También podría ser la de él. Mi amigo.

Llevo tiempo dispuesto a morir en cualquier momento. La idea de la muerte me ayuda a vivir y me provoca curiosidad. He perdido vista y estoy sordo de un oído, sobre todo cuando hay mucha gente y no logro

ver las caras de mis interlocutores. Pero por las mañanas, cuando Zee todavía duerme, permanezco echado y escucho. Hay todo un mundo en el interior de este bloque de viviendas londinense. Oigo el ascensor en el pasillo, las puertas de acero traqueteando al abrirse y cerrarse, retazos de conversaciones en el rellano, televisores, radios. Por las noches oigo a las tías buenas, los borrachos, las sirenas de la policía, las angustiadas llamadas de socorro, la vida secreta de las paredes y el zumbido del vibrador de mi mujer, parecido al de una maquinilla de afeitar.

Por las mañanas oigo los pájaros. En el árbol que hay frente al bloque de apartamentos se han instalado diez periquitos verdes cuyas evoluciones Zee y yo observamos con interés. En los alrededores hay trabajos de construcción en marcha. Esta zona, la de la estación Victoria, está siempre en obras. No viviré lo suficiente para ver su nueva cara. Prefería el Londres decrepito y negro de hollín que poseía cierta aura sublime con su desesperación de posguerra. A los locos los encerraban en manicomios, pero ahora los cuerdos están peor en sus oficinas. El nuevo mundo parece banal y agotado. Hay demasiado dinero en Londres. Hemos vivido demasiados años.

Yo estaba disfrutando de mi senectud y apagándome tan contento, y ahora sucede esto.

La verdad es siempre sorprendente: cierro los párpados en un esfuerzo por escuchar. Tengo la boca seca. Tengo las caderas destrozadas y las piernas no me responden bien. Con esfuerzo, giro un poco el cuerpo hacia la puerta, arrastrándome por el colchón.

Estiro el brazo para pulsar el interruptor y tiro al suelo la taza de café. Provoca un estruendo, como si alguien hubiese golpeado una bandeja con un martillo.

Permanezco inmóvil.

Zee me considera un marido desconfiado, escéptico, incrédulo y con tendencia a ver el lado sórdido de las cosas; deseo y dolor entremezclados. Es cierto que me gano la vida imaginando cosas y la imaginación es el lugar más peligroso de la tierra.

Pero, a menos que mis vecinos hayan metido últimamente cerdos en su casa —lo cual es poco probable, dado que son árabes—, este nuevo sonido es humano.

Contengo el aliento y contemplo la tenue luz del pasillo. Me llega olor a tabaco. Pienso en cómo —incluso la semana pasada— Zee me peinaba, me arreglaba la barba y me daba un masaje con aceite de coco. Me acariciaba el pecho y las orejas. Me sacaba las cálidas botas Ugg para masajearme las piernas y los pies mientras yo permanecía reclinado con el termómetro en la boca.

Invisibles pero perceptibles, los ruidos no disminuyen. Sigo alerta pese a haberme tomado la pastilla. Zee se ha asegurado de que me la tragaba. Antes se ha mostrado exageradamente amable, sin duda un signo de inquietud, porque desde hace ya algún tiempo se mostraba menos cariñosa. Eddie me ha traído el agua y ha permanecido detrás de ella, sin pasar del marco de la puerta, sonriendo con muda complicidad.

—Buenas noches, Eddie —le he dicho yo—. ¿Cómo vas a volver al Soho? ¿O ya se ha hecho demasiado tar-

de? ¿Te vas a quedar a dormir en el sofá? Estás invitado, por supuesto.

Los he estado observando. Han puesto buen cuidado en no mirarse mientras yo me mostraba amable con él. Ahora esa actitud cobra sentido.

Eddie ha asentido y ha dicho:

–Gracias, Waldo, eres muy amable, como siempre. Estaré cómodo en el sofá. Nos vemos por la mañana. Que duermas bien, *amigo*.<sup>1</sup>

Yo me he bebido mi doble expreso, como hago siempre antes de dormirme. Adoro el sabor amargo del café en la boca.

Ha sido una velada como cualquier otra. Ahora estoy convencido de oír sus voces entrecruzadas, ligeras, felices, mientras están acostados juntos..., doy por hecho que desnudos.

Después de veinte años de matrimonio –y con una diferencia de edad de veintidós años–, creo que esta es la primera vez que mi devota Zenab me es infiel. De hecho, estoy seguro de que es así. Yo siempre digo: no te creas nunca lo que te cuenten. Pero Zee es honesta. Se quedaría perpleja ante la mera sugerencia de que es deshonesta. Por lo general es muy puritana. Dejando de lado un incidente en su infancia en la India relacionado con un asesinato, creció envuelta en respetabilidad. Podríamos decir que demasiada para su propio bien. No tuvo acceso a suficientes placeres.

Ahora ha encontrado algunos. Está recuperando el tiempo perdido. Nunca es tarde para eso. Continúo

1. En español en el original. (*N. del T.*)



oyendo las voces y estoy horrorizado y excitado. Puede que con la edad el deseo sexual decline, pero he aprendido que la libido, como Elvis y los celos, nunca muere. Conozco a copuladores de ochenta y cinco años. ¿Quién ha dicho que se necesita una erección, un cuerpo o un orgasmo para el sexo?

Empiezo a imaginarme qué están haciendo, las posturas que adoptan. ¿Ella se ha arrodillado? ¿Se están besando mientras retoman su pasión? Un cuerpo, una bestia.

Me gusta pensar que lo veo. Siempre he sido una cámara, después de haber rodado más de veinte películas y documentales. Según algunas revistas de cine, un par de ellas figuran en la lista de las cien mejores de la historia. ¿O eran doscientas? Como cineasta, mi existencia ha estado dedicada a ver cosas. Los realizadores somos voyeurs que trabajan con exhibicionistas. Y ahora, al final de mi vida, sigo siendo un observador.

Mirar hace que el mundo siga siendo maravilloso. Y el sexo, pese a que estoy inmovilizado, de hecho soy casi un vegetal en una silla de ruedas, puede ser intenso. Recuerdo el olor y el sabor de ella, de mi último y gran amor Zee, aquella de cuyo cuerpo he disfrutado más que de ningún otro. Recuerdo lo desinhibida que ha sido conmigo y los juegos de los que hemos disfrutado.

Ahora ella abre la boca para él. Sus dedos le agarran la polla. Quizá él le tira del cabello, como a ella le gusta.

Trabajando con los sonidos y mi imaginación, visualizo los ángulos y los planos, y creo las únicas películas relevantes que puedo hacer en la actualidad, pe-

lículas de la mente. Le doy vueltas sin parar a la idea de ser artista. Últimamente he logrado filmar varias películas de cinco minutos, y no están mal, están rodadas con más libertad que muchas de las que hice con anterioridad, nervioso y con mucho dinero en juego. Se las mostraré a mi amiga del alma Anita la próxima vez que se pase por aquí. Ella sabe cómo ser al mismo tiempo alentadora y crítica.

Dicen que el amor cambia a la gente. O la gente se enamora para cambiar cuando se han sentido decepcionados. O cuando están hartos de sí mismos. Algo se ha alterado para siempre. Se producirá una corrección. ¿Quién habría pensado en ello? Varios años de mi vida se han transformado en un instante.

Necesitaré tiempo para reflexionar sobre todo esto. No me sobra el tiempo. Pero al menos dispondré del resto de la noche para pensar en ello. Ya dormiré mañana.

Por la mañana veo que no hay ningún abrigo ni sombrero en el recibidor. Ni ningún efluvio animal que Eddie haya dispersado.

Que yo sepa, ha dormido aquí al menos una decena de veces, tumbado en el sofá. A menudo sigue ahí cuando me despierto. Le gusta quedarse a desayunar y comentar las noticias mientras nos vestimos. Tiene un apetito voraz y la boca grasienta. Le gustan los platos de Zee, sobre todo la tortilla de masala picante. La devora como si llevase tiempo sin comer y no supiese muy bien cuándo podrá volver a hacerlo.

Sospecho que se ahorra el dinero de la comida an-

tes de tomar el autobús hacia el Soho. A veces se lava y se arregla un poco antes de marcharse. Durante los últimos meses nuestro apartamento se ha convertido en su refugio, hace desde aquí sus llamadas telefónicas, quitándose los zapatos y plantando los pies en el sofá mientras escucha a un volumen irritablemente alto la música de jazz que tanto le gusta.

Ahora que las cosas están progresando entre ellos, él se ha marchado temprano. Seguro que no quería verme. O más bien que yo le viese a él. Sin embargo, lo conozco lo suficiente y sé que ha catado el futuro. Volverá a por otro bocado. Y será pronto.

Esta misma noche.

Tengo ganas de ver cómo evoluciona su nuevo frenesí. Está jugando conmigo. Está asumiendo riesgos. Puedo ser feroz cuando se me ofende. Se ha dejado llevar por la pasión. No piensa. Pero yo sí. De momento, le llevo varios pasos de ventaja.